

Ayşe Kulin

El último tren a Estambul

Traducido por Víctor Palomeque Ortiz



Título de la edición original: *Nefes Nefese*
Traducción del inglés *Last Train to Istanbul*

Primera edición en esta colección: Abril, 2009

© Ayşe Kulin, 2002

© de la traducción, Víctor Palomeque Ortiz, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambar.es>

Printed in Spain

Depósito legal: B-11465-2009

Impreso y encuadernado en PRINTER

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Ankara, 1941

Aunque al salir por la mañana Macit había advertido a Sabiha que volvería tarde a casa, sus remordimientos le empezaron a inquietar cuando se dio cuenta de que eran más de las ocho. Se disculpó para salir de la sala de juntas, fue a su despacho y marcó el número de casa en el ruidoso disco del teléfono negro.

Cuando Sabiha contestó, dijo:

—Tenemos otra reunión esta noche. Por favor, no me esperes para cenar.

—¡Otra vez no! —respondió irritada su mujer—. Hace casi tres semanas que no cenamos juntos. En serio, cariño, ¿es que ninguno de ellos tiene esposa e hijos esperándole en casa?

—Por el amor de Dios, ¿te das cuenta de lo que dices? Tenemos al ejército búlgaro a la vuelta de la esquina y tú me hablas de la cena. ¡Mujeres! —dijo, y colgó.

Su mujer era igual que su madre: el cuidado del hogar, las horas de comida y sueño de los niños, la familia que se reúne para cenar... Esas eran las prioridades de una buena ama de casa. «El intento de Atatürk de convertirlas en mujeres de mundo fue en vano —pensó—. Obviamente, nuestras mujeres solo sirven como madres o como amas de casa.» E incluso de eso empezaba

a dudar. ¿No había descuidado Sabiha sus deberes maternos dejando que una niñera educara a su hija? También empezaba a encontrar extraño su comportamiento como esposa. Al principio se exasperaba al pensar que la actitud distante de su mujer podía ser una protesta silenciosa por sus inacabables reuniones, que se prolongaban hasta la madrugada. ¿Qué derecho tenía ella a enfadarse por las horas que trabajara? Después de todo, ¿era él el causante de la guerra? ¿Tenía él la culpa de esas largas noches? Si finalmente acababan entrando en guerra, ¿qué mujer de las que conocía volvería a ver el rostro de su marido?

Así pensaba Macit, pero en el fondo sabía que la actitud de Sabiha no se debía solamente a su egoísmo. Parecía estar al borde de una crisis nerviosa. Hacía ya algún tiempo que aquella joven que adoraba los *picnics*, asistir a las carreras de caballos cuando hacía sol y jugar a las cartas los días de lluvia, no parecía ya disfrutar con nada. Solía encontrarla profundamente dormida al llegar a casa. Si la abrazaba al acostarse, ella se giraba dándole la espalda. En las raras ocasiones en que conseguían irse a la cama juntos, siempre encontraba alguna excusa para dormirse enseguida. Era obvio que tenía un problema, pero había elegido el peor momento para padecer una crisis nerviosa. ¿Cómo encontraría el tiempo para cuidarla si le superaba el trabajo? Aunque las reuniones acabaran de madrugada, Macit tenía que volver al ministerio a las siete de la mañana.

Vivían tiempos muy convulsos. Turquía estaba entre la espada y la pared: por un lado, Gran Bretaña, preocupada solo por sus intereses, insistía en que el país fuera su aliado; por otro lado estaba la actitud amenazante de Alemania. Por si eso fuera poco, Rusia tendía a los turcos una mano envenenada. Sus ambiciones sobre Kars, Ardahan, el Bósforo y los Dardanelos colgaba como una espada de Damocles sobre Turquía. Hiciera lo que hiciera, si el país elegía el bando equivocado, Rusia se lo haría pagar con el Bósforo y los Dardanelos. Era una pesadilla que duraba ya dos años.

La Gran Guerra había enseñado al presidente İnönü el precio de estar en el bando perdedor, y había aprendido bien la lección. Habría dado cualquier cosa por saber quién se alzaría esta vez con la victoria, pero ningún adivino podría anticipar el resultado. La predicción quedaba a cargo del Ministerio de Exteriores y del gabinete del jefe general del Estado Mayor. Cualquier posible eventualidad se había discutido, valorado y registrado durante aquellas interminables reuniones nocturnas.

Macit estaba orgulloso de ser miembro del gabinete. Al mismo tiempo, desde que Italia había atacado Grecia, el cerco se había estrechado. Los empleados del gobierno y sus familias empezaban a ponerse comprensiblemente nerviosos.

Ankara, la capital, se preparaba para otro verano abrasador. En los años cuarenta, las estaciones estaban claramente definidas: los inviernos eran extremadamente fríos y con nieve, los veranos insoportablemente calurosos. Empezaba a resultar obvio que el verano que se acercaba sería caliente como el infierno.

Una semana antes, el embajador alemán Von Papen había traído al primer ministro un mensaje personal de Hitler. Los oficiales aguardaban el final de la reunión con ansiedad.

Macit predijo acertadamente el contenido del mensaje. A primera vista, la carta estaría repleta de buenos deseos e intenciones. Hitler ofrecía a Turquía todo tipo de armamento y ayuda para reforzar el control del Bósforo y Dardanelos, y prometía no traer un solo soldado a suelo turco. Entre líneas, sin embargo, se podía leer que Turquía tenía que tomar una decisión, y que si no se alineaba con Alemania, cuando acabara la guerra se tomarían medidas acerca de los canales que el país tendría que acatar.

Tras una larga entrevista, İnönü anunció:

—Los alemanes exigen que no pongamos a prueba su paciencia, lo que implica que podrían llegar a un acuerdo con Rusia a nuestras espaldas. —Y añadió—: Gran Bretaña está combatiendo en Grecia y ha sufrido una debacle en Libia, de manera que

no podemos esperar su ayuda. Por este motivo, no deberíamos arriesgarnos a irritar a los alemanes. Caballeros, debemos encontrar el modo de proteger nuestros intereses.

Buscaban una manera de ganar tiempo, un camino que salvara a Turquía sin tener que decir sí o no a ninguno de los bandos, una forma de halagarles sin que se enfadaran.

En la mañana que siguió a aquella larga noche, el primer ministro invitó al embajador británico al ministerio a fin de explicarle la peligrosa y delicada situación en que se hallaba Turquía, abocada a las jornadas más terroríficas y devastadoras que se recordaran durante esta nueva guerra mundial. La guerra era como un bosque en llamas, con el fuego propagándose en todas direcciones, y ambos bandos esperaban algo de Turquía.

En su oficina, Macit encendió un cigarrillo, le dio dos caladas y lo apagó en el cenicero de cristal antes de regresar a la sala de juntas. El ministro de Exteriores y el secretario general ya se habían retirado.

Su ayudante le comunicó:

—Macit Bey, parece que el presidente en persona ha pedido revisar las valoraciones de la jornada. Le he preparado los informes. El presidente le espera en su despacho.

Macit corrió de vuelta a su oficina, en la parte de la mansión presidencial asignada al Ministerio de Asuntos Exteriores. Hacía ya algunos meses que trabajaban allí, de manera que pudieran informar y recibir instrucciones de İnönü sin demora. Macit sacó del cajón los archivos de apuntes que había actualizado horas atrás, los hojeó y salió apresuradamente.

İnönü estaba sentado en la silla presidencial de una mesa enorme. Parecía más ingenuo, pequeño e irritado de lo normal. Empezó a repasar los papeles que su secretario había recibido de Macit y colocado frente a él. Mientras hojeaba las páginas era como si estuviera escuchando las voces de mil zorros en su cabeza, pero no decía nada. Los hombres en torno a la mesa también guardaban silencio.

De pronto, preguntó:

—¿Han escuchado la radio hoy?

—Sí, señor. Nuestros colegas han estado escuchando todas las emisoras europeas. He entregado nuestro informe al secretario general hace un momento. No han tenido ni un segundo de descanso, señor, y aun ahora siguen atentos a la radio búlgara y preparando un informe cada media hora.

—Nuestros agentes en Bulgaria también nos informan a diario. Sin embargo, aún no se sabe si Hitler avanzará hacia el sur o hacia el norte para atacar a los rusos, señor —añadió otro joven oficial.

Macit permaneció en la habitación cuando los jóvenes la abandonaron.

—Señor —empezó el ministro de Exteriores—, gracias a usted hemos podido tomar las precauciones oportunas para mantenernos a flote. Le aseguro que puede usted ir a Yalova con la conciencia tranquila. Le mantendremos informado minuto a minuto del desarrollo de los acontecimientos.

Macit oyó murmurar a İnönü:

—Ojalá supiera qué dirección van a tomar los alemanes. ¡Ah, si pudiera saberlo!

El acuerdo alcanzado entre Bulgaria y los alemanes significaba que estos eran ahora vecinos de Turquía. A İnönü le aterrizzaba desconocer el siguiente movimiento de Hitler. Su armamento moderno y su poderoso ejército estaban al otro lado de sus fronteras. Hitler podía querer avanzar hacia Egipto a través de Turquía. O podía también avanzar hacia el Cáucaso. Tan solo sus colaboradores más inmediatos sabrían cuál era el siguiente objetivo, de modo que Turquía tenía que estar preparada para cualquier eventualidad. El peor de los panoramas sería que los alemanes llegaran a un entendimiento con Rusia, lo que supondría un desastre para Turquía.

Macit esperó a que hubiera leído los informes y regresó a la sala de juntas con el secretario general. Otra larga reunión, con

más informes que leer, evaluar y recopilar antes de poder presentárselos a İnönü. Horas más tarde, mientras caminaba de regreso a casa, se sintió preocupado. El gobierno estaba pagando un alto precio para evitar ese fuego que estaba asolando el mundo.

En los hogares, todas las mujeres se quejaban a coro de lo caro que estaba todo. Si incluso los funcionarios de Ankara y sus familias estaban angustiados, ¿quién sabe cómo se sentirían los pobres en Anatolia? En un esfuerzo por proteger a sus funcionarios, el Estado estaba proporcionando sus productos textiles, calzado y azúcar a precios muy reducidos. Para prevenir el acaparamiento y el estraperlo, aplicaba además un sistema de racionamiento que consistía en sellar las cartillas. Pero a pesar de estas precauciones, el mercado negro prosperó. Muchas personas sin escrúpulos esperaban la ocasión de enriquecerse vendiendo los productos de los que se habían apropiado. La mayoría de la población estaba furiosa, pero se resignaba: no podía encontrar o permitirse productos básicos, y sólo tenía pan y cereales para comer. El presidente consideraba que su prioridad, convertida en una cuestión de vida o muerte, era evitar que su país entrara en guerra. Era inútil referirle las quejas del pueblo. Para un hombre como él, que había experimentado en primera persona el infierno de la guerra, todo lo que no fuera su objetivo principal ocupaba un segundo plano.

Macit estaba agotado. Era casi seguro que İnönü se desplazaría a Yalova al día siguiente, lo que quizás significara que probablemente no habría reuniones a deshoras la semana próxima. Podría llegar antes a casa y así evitar temporalmente los reproches de Sabiha.

—As de picas.

—Dos de diamantes.

—Paso.

—Paso... No, perdón, cuatro de picas.

Las muchachas miraron a Sabiha por encima de sus cartas. Al otro lado de la mesa, ella se ruborizó. Tenía un aspecto delgado y quebradizo en su pálido traje malva.

—Estás muy distraída hoy —dijo Hümeýra—, ¿qué te sucede, querida?

—No es nada. Es sólo que anoche no pude dormir. No consigo concentrarme. ¿Podría Nesrin ocupar mi lugar?

—¡De ningún modo! Bebe un poco de té. Te sentará bien.

—Tengo que irme antes de las cinco de todos modos, Hümeýra.

—¿Por qué?

—Tengo que recoger a Hülya de la clase de ballet de Marga a las cinco.

—¿Eso no lo hace la niñera?

—Hoy tiene cosas que hacer.

—Oh, por el amor de Dios, ¿qué otras cosas tiene que hacer una niñera?

—Quiere comprar algunas cosas antes de volver a Inglaterra a finales de mes.

—No sabía que se iba, Sabiha. ¿Cómo es eso?

—Bueno, Hülya se ha hecho mayor. Ya no es ninguna niña y no necesita a una niñera mimándola todo el día.

—Yo pensaba que también le enseñaba inglés.

—Ya ha aprendido suficiente, y su padre quiere que empiece a valerse por sí misma y a ser más independiente.

Las damas dejaron sus cartas sobre el tapete y se levantaron. Sabiha atravesó la habitación hacia donde se iba a servir el refrigerio. Ella no quería té ni ninguna de las pastas que había encima de la mesa. Únicamente deseaba marcharse lo antes posible para poder respirar aire fresco. Cogió una taza y sorbió la infusión, esperando que no le hicieran más preguntas. Las demás mujeres siguieron a Sabiha a la mesita del té, moviéndose al ritmo de la música que emitía la radio. La música cesó de pronto y se oyó la voz apremiante del presentador.

—Damas y caballeros, interrumpimos la emisión para hacerles llegar noticias importantes sobre la reunión del comité estatal, celebrada esta mañana y presidida por el primer ministro.

Inmediatamente, las damas cambiaron su trayectoria de la mesa de té a la radio.

—*iChist! iChist!* ¡Escuchad! —dijo Belkis.

Sabiha caminó también hacia el aparato sujetando la taza y su plato. Las manos le temblaban al escuchar las pésimas noticias. Las tropas de Tracia habían retrocedido hasta el frente de Catalca y, aparentemente, se estaban atrincherando. El gobierno ordenaba a todos los civiles de Estambul construir refugios en los sótanos. Además, se recomendaba a los que tuvieran una casa en Anatolia que se mudaran allí, proporcionándoles transporte gratuito a ellos y a un equipaje máximo de cincuenta quilos.

—Díos mío, qué noticias tan lúgubres. ¡Hümeyra, apaga esa radio, por el amor de Dios! —exclamó Nesrin.

—No, por favor, no lo hagas. Podrían decir algo de Francia —dijo Sabiha—. Me pregunto qué...

Nesrin la interrumpió:

—¿Y qué más da Francia? ¿A quién le importa? —Sabiha la miró consternada y dejó la taza y el plato en la mesa.

—Deberías probar la tarta de frutas, te gustará —le ofreció Hümeyra.

Sabiha declinó la oferta diciendo:

—Creo que cogí un resfriado en las carreras el fin de semana pasado. Tengo náuseas, querida. No tengo apetito.

—¿Habéis oído? Están evacuando Edirne —continuó Belkis—. ¡O sea, que la guerra está a la vuelta de la esquina!

—Mi marido estará totalmente insoportable —afirmó Necla, rotunda—. Casi no abre la boca últimamente. ¿Os imagináis cómo estará si vamos a la guerra?

La conversación de sus amigas estaba asfixiando a Sabiha. Mientras estaban entretenidas con el té y la tarta, se disculpó ante Hümeyra y abandonó la casa apresuradamente.

El aroma embriagador de las glicinas y las lilas llenaban el aire de Ankara. La hermosa glicina se enredaba en los muros del jardín y sus flores colgaban como racimos de uvas, como si quisieran compensar su melancolía. Sólo su traje color malva pálido armonizaba con el ambiente. Mil y un pensamientos invadían su mente en el camino a casa, en Kavaklıdere. Se disculpó al topar con un anciano, y casi cae de bruces al tropezar con una piedra.

Sabiha se sentía desgraciada. No era capaz de prestar atención a su marido ni a su hija. Todo empezaba a derrumbarse. Se estaba distanciando poco a poco de los que la rodeaban. Tener una hija fue una decepción desde el primer momento, ya que ella esperaba un varón; a su marido únicamente le interesaba su trabajo, sus padres siempre estaban enfermos y ella tenía cada vez menos en común con sus amigas. Era casi como si la propia vida se le escapara poco a poco.

Macit estaba tan ocupado que parecía, al menos así se le antojaba a ella, no darse cuenta de los cambios que su esposa estaba experimentando. Eso hacía más fácil que ella se apartara de él. Respecto a sus amigas, últimamente había empezado a improvisar excusas para no asistir a sus reuniones. Incluso había empezado a mentir: la niñera no tenía que hacer ninguna compra, ni ella tenía que recoger a Hülya de la escuela de ballet de *madame* Marga. Lo único cierto era que la niñera iba a regresar a Inglaterra. Esa era la voluntad de Macit, quien opinaba que Hülya ya no necesitaba a una niñera ahora que iba a la escuela, y que la propia Sabiha debía dedicar más tiempo a cuidar de su hija.

Sabiha reconocía que hacía algún tiempo que había perdido el control de su vida. ¡Esta maldita guerra estaba arruinándola!, con el agravante de que no era una guerra que se librara en casa. A pesar de ello, en las tiendas no se encontraba nada, no podías viajar y la contienda se había convertido en el único tema de conversación. Macit ya era un «prisionero de guerra»: ¡se diría que él mismo era un soldado! Habían sido tan felices... Lo habían pasado tan bien, meses atrás; antes de que su hermana se

hubiera ido, antes de que empezara la guerra. Sabiha echaba de menos aquellos tiempos pasados. Y sin embargo, no podía evitar sentirse afortunada cuando leía los periódicos o escuchaba la radio. Por lo menos sus vidas estaban a salvo en Ankara. Ni la policía ni el ejército llamaba a su puerta a horas intempestivas. No había gente que se paseara luciendo insignias amarillas en el pecho, como asnos marcados. ¡Asnos marcados! ¿De dónde había sacado esas palabras? Seguramente de Necla. Era la única que se atrevería a hacer un comentario tan grosero. De pronto, Sabiha se acordó: fue hacía dos semanas, durante una partida de bridge. Necla estaba de un humor cruel y dijo:

—Obligan a los pobres judíos a llevar una insignia amarilla en la ropa, como asnos marcados.

—¿Se puede saber qué dices? —gritó Sabiha—. ¿Cómo puedes comparar a esas personas con animales? ¡Toda una esposa de diplomático y ni siquiera sabes lo que dices!

Casi rompiendo a llorar, Necla preguntó a sus amigas:

—¿Pero qué le ha dado? ¿Por qué me grita de ese modo?

—Esta guerra nos ha afectado a todas, chicas —apostilló su anfitriona, intentando calmar los ánimos.— Hoy en día, la más mínima chispa provoca una explosión. Venga, sigamos con el juego. ¿A quién le toca?

De camino a casa, Sabiha se avergonzó al recordar su arrebato. Era obvio que no estaba de buen humor. De hecho, le ocurría lo mismo todos los días al leer las noticias en la prensa sensacionalista: los nazis arrasan Europa, los emigrantes huyen, Francia... ¡Oooh! Sabiha alargó el brazo para alcanzar una flor de glicina, pero cuando iba a cogerla retiró la mano. No pudo arrancarla. Sintió que se le hacía un repentino nudo en la garganta. Las lágrimas le inundaban los ojos al entrar en su calle. Jadeaba, falta de aire, mientras anochecía. Un día triste se convertía en otra noche triste.

Seguramente, Macit llegaría tarde a casa. Hülya empezaría con su retahíla incesante durante la cena. Sentada frente a ella, la niñera hablaría, sin duda, de la guerra. Ankara, tan llena de bue-

nos recuerdos para Sabiha, ahora solo le ofrecía tristeza. No, no solo tristeza, sino también monotonía y días lóbregos. La vida era una cosa gris.

Macit abrió la puerta de entrada todo lo silenciosamente que pudo. No quería despertar a su esposa si estaba dormida. Entró de puntillas en el dormitorio y, gracias a la luz rosácea de la lámpara de noche, vio que no era así. Con el cabello esparcido sobre la almohada, Sabiha yacía mirando a su esposo con ojos hinchados e insomnes.

—¿Qué sucede? ¿Por qué llorabas? —preguntó Macit.

Sabiha se incorporó de un salto.

—Estoy muy nerviosa. El cartero trajo esta carta a última hora. La dejó en el felpudo de entrada y me la encontré al sacar la basura. Toma, léela.

—¿Quién la envía? ¿Tu madre? ¿Tu padre vuelve a estar enfermo?

—No viene de Estambul, Macit. La carta la envía Selva.

—¿En serio?

—Macit, estoy muy asustada. Tenemos que hacer algo. Tenemos que traerla de vuelta. Esto no puede seguir así. Tarde o temprano, mi madre se enterará de lo que está pasando en Francia y te juro que tendrá un ataque al corazón.

Macit cogió la carta e intentó leerla a la tenue luz de la lámpara.

—Selva no querrá venir dejando atrás a Rafo —dijo—. Y tampoco Rafo querrá volver.

—Pero esto no puede seguir así. Selva tiene que pensar en nuestra madre. He pedido a la operadora que me comunique con Francia. Dios sabe cuánto llevará eso, quizás por la mañana... o a lo largo del día.

—¿Por qué lo has hecho, Sabiha? ¿Cuántas veces te he dicho que no llames a Selva desde casa?

—Bueno, está claro que no puedo ir a casa de nadie a llamar por teléfono a estas horas de la noche. Tengo que hablar con mi hermana. Tengo que convencerla antes de que sea demasiado tarde.

—Voy a cancelar la llamada —dijo Macit, precipitándose fuera del cuarto.

—¿Cómo puedes hacer eso? Se trata de mi hermana, ¿es que no lo entiendes?

Macit regresó al dormitorio.

—Sabiha, trabajo para el Ministerio de Exteriores, los alemanes están en la frontera, la guerra está a tiro de piedra y tú pides llamar a una judía que está en Francia. ¿En qué problemas quieres meternos?

—¡Estoy harta del dichoso Ministerio de Exteriores, harta de verdad! Siempre imaginando que hay espías siguiéndome...

—Queda muy poco para que Hülya empiece las vacaciones y podáis ir a Estambul con tus padres. No sé si tu padre será tan comprensivo como yo en lo referente a tu hermana.

Sabiha oyó a su marido atravesar el pasillo, llamar a la operadora, cancelar la conferencia y entrar en la sala de estar. Sabiha empezó a llorar de nuevo, calladamente.

Macit salió al balcón, encendió un cigarrillo y miró al lejano horizonte azul de medianoche. Solían gustarle las noches frescas de Ankara, pero esta vez se sintió incómodo y frío por primera vez. Se empezó a frotar los brazos para intentar entrar en calor, pero no era el clima lo que le hacía sentir así. Atravesaban una época lo suficientemente peligrosa como para ponerle la piel de gallina a cualquiera que supiera lo que estaba pasando. Ni los hombres en la calle ni sus caprichosas mujeres gimoteando en los hogares sabían lo cerca que realmente estaban del borde del precipicio. Tan solo encendían la radio, escuchaban las noticias y empezaban a quejarse del mercado negro y de la carestía de la vida; luego se metían bajo las sábanas y se quedaban dormidos. No se enteraban de nada. Nadie podría medir el alcance del desastre que

Turquía iba a afrontar si cualquiera de los bandos la arrastraba a la guerra. ¿Cómo iba a ser nadie consciente de la cuerda floja que İnönü y su equipo transitaban? El gobierno intentaba por todos los medios no alarmar a la población para que no cundiera el pánico. Macit se preguntaba si sería mejor revelar la verdad, para que todos pudieran afrontar los hechos, o tomar el papel de un padre protector que escuda a sus hijos de las malas noticias.

No hacía mucho tiempo, apenas unos meses, que el país había sido absorbido por el torbellino de la guerra. ¿La guerra? Era incluso peor que eso: era un pozo ciego, una asquerosa fosa séptica! Macit tiró con rabia la colilla del cigarro, que cayó sin un destello en algún lugar de la noche oscura. Recordó las historias que su padre, héroe de guerra, relataba. Solía hablar de esta oscuridad y de la lumbre de los cigarrillos por la noche —una, dos brasas, tres brasas, cinco, diez brasas, brasas... Cuerpos sin brazos ni piernas, cadáveres decapitados. Gente hambrienta y miserable infestada de piojos. Esqueléticos animales heridos. Niños abandonados muriendo de hambre. Mujeres que habían dejado de ser seres humanos y hombres sin dinero, ni hogar, ni esperanza. Recordaba vagamente a su padre aparecer con ese aspecto en la puerta del jardín, un saco de huesos con un uniforme harapiento y cubierto de piojos. Se tambaleó hasta el borde de la piscina y se derrumbó. El recuerdo quedó grabado en la mente de Macit, aunque no sabía si fue testigo de ello o si se lo contaron más tarde. Lo que sí recordaba era que el jardinero no reconoció a su señor, confundiéndolo con un mendigo. Le llevó algún tiempo darse cuenta de quién era aquel hombre. El Ruhi Bey alto, fuerte y sociable se había convertido en un cadáver, un esqueleto sin alma con una pierna a rastras, desaparecido el antiguo brillo de sus ojos. ¡Eso era la guerra! Macit estaba convencido de que la victoria debía conquistarse en los despachos, no en el campo de batalla. Estaba trabajando tan duro y hasta tan tarde para salvar a su nación de ese aciago destino, pero ¿cómo podría explicárselo a su sollozante esposa?

Notó que se había acostumbrado al frío del balcón. Se desplomó sobre una butaca de mimbre y se abandonó a los recuerdos.

Macit había contribuido con su esfuerzo a la firma del acuerdo de 1939 entre Inglaterra y Francia. Según ese pacto, franceses e ingleses satisfacerían las necesidades básicas del ejército turco tan pronto como les fuera posible. A cambio, Turquía debía vender a Francia el cromo que produjera durante la guerra. El ministro turco de Asuntos Exteriores y Macit habían viajado expresamente a Francia para firmar el tratado. Llegaron a París con grandes aspiraciones, pero desgraciadamente el resultado final no fue tan satisfactorio como esperaban. Francia necesitaba desesperadamente el dinero que iba a ganar vendiendo el cromo turco, pero a pesar de la insistencia de Menemencioglu para suministrar el metal durante toda la contienda, Francia firmó únicamente por dos años. Gran Bretaña también redujo drásticamente el suministro de armas, tanques y cañones antiaéreos que iba a dar a Turquía.

El ejército turco necesitaba ciento once millones de balas y seis mil quinientas ametralladoras, pero los ingleses solo pudieron proporcionarles dos millones de las primeras y doscientas de las segundas. ¿Se suponía que Turquía debería intervenir con ese escaso suministro si Alemania atacaba a los Balcanes? ¿Cómo iban a detenerlos si lo hacían? Es concebible que un hombre luche con las manos desnudas para salvar a su país, pero ¿luchar por los británicos? ¿por el pueblo que había azuzado a los árabes contra los turcos en la Gran Guerra, porque tenía las miras puestas en Mosul y en Kirkuk? Eso era mucho suponer. Obedeciendo a sus propios intereses, otras naciones de Europa habían apoyado, a su vez, a varias tribus primitivas de Oriente Medio que querían la independencia.

Si de Macit dependiera, no habría movido un dedo por ninguna. ¡Que los europeos se mataran entre ellos! ¿No bastaba con que se arrastraran poco a poco a la guerra los unos a los

otros? Macit estaba seguro de que si obligaban a Turquía a entrar en guerra, por algún extraño motivo el país acabaría pagando los platos rotos que la ambición de las grandes potencias provocaran.

En el viaje de vuelta desde París, durante una cena en el tren, Macit descubrió que había algo más que preocupaba al ministro cuando este se dirigió a la delegación:

—Caballeros, según mi opinión los ingleses no tienen armas suficientes, y los franceses absolutamente ninguna. Que no hayan podido proporcionar los suministros no se debe a su mala intención, sino a su imposibilidad. Fui plenamente consciente de este hecho durante nuestras conversaciones en París. Tengo muchos interrogantes en mente, y empiezo a dudar de su victoria final. Me pregunto si no habremos apostado a caballo perdedor al firmar unos acuerdos que nos convierten en sus aliados.

Tras un año de inacabables debates sobre quién iba a ganar la guerra y a qué bando debíamos prestar nuestro apoyo, se decidió que lo correcto era ayudar a Francia e Inglaterra. Luego, en París, descubrieron su situación armamentística. Se dieron cuenta, poco a poco, de que podían estar bailando con la más fea. Aunque no volvieron a Ankara con las manos vacías, se sentían muy decepcionados por no haber satisfecho ni siquiera medianamente sus expectativas.

Tras las conversaciones, durante su última velada en París, Macit se las ingenió para cumplir con la promesa que le había hecho a Sabiha: reunirse con Selva. Dijo a sus amigos que tenía que visitar a un pariente que vivía en la ciudad, y ellos fueron lo suficientemente educados como para no hacer preguntas.

Macit quiso reunirse con Selva en el Café Flore porque estaba en un lugar apartado, lejos de ojos curiosos. Ella llegó con montones de regalos para su madre, su hermana y su sobrina. Dio dos besos y un fuerte abrazo a Macit. Era obvio cuán feliz le hacía ver a alguien de su país. Preguntó por todos con pelos y señales: si Sabiha todavía peinaba a Hülya con grandes cintas de

raso, si seguían invitando a los mismos amigos a sus veladas de los viernes, quién era la compañera de bridge de su hermana, si su madre cerraba la casa de verano a final de temporada o cuando empezaba el frío... Preguntó incluso por su padre, que tan disgustado estaba con ella.

Macit miraba hacia la montaña de regalos que su cuñada había amontonado en una silla. Con expresión avergonzada, dijo:

—No puedo cargar con todo esto, Selva, en serio. Tengo una maleta muy pequeña.

—Macit, por favor, no me niegues el placer de regalar unas cuantas cosas a mi familia —suplicó—. Quizás no vuelva a presentarse la oportunidad. Puedo ir corriendo a Lafayette a por otra maleta.

—No, por el amor de Dios, no me hagas esto. ¿Qué van a pensar mis amigos de mí? Hemos venido por asuntos oficiales. Pensarán que he comprado tantas cosas para mí y mi familia que he tenido que comprar otra maleta para meterlas.

—Llévate al menos los perfumes de lavanda que le he comprado a mi hermana y a mi madre. También hay dulces para Hülya...

—No tendrías que haberte molestado. Debes de haberte gastado mucho dinero. Es una lástima.

Superado el proceso de intercambio de novedades, hubo un repentino silencio en la conversación. Solamente entonces percibió Macit las ojeras en el rostro de Selva, y reparó en su aspecto pálido y demacrado a la luz del sol poniente. Todavía llevaba la gabardina verde que Macit conocía tan bien, lo que significaba que no podía permitirse comprar otra en París. Así estaban las cosas para la hija de Fazil Reshat Pasha, nacida en cuna de oro.

¡Lo que se hace por amor! Macit se preguntaba si Sabiha habría tenido el valor necesario para hacer lo mismo si sus padres no le hubieran dado su aprobación. No estaba seguro de querer saber la respuesta. Sabiha podría no haber elegido sufrir penalidades en nombre del amor. ¿Se habría casado con él si pertene-

ciera a otra religión, si hubiera sido armenio, por ejemplo? ¡Claro que no! ¡Ni en un millón de años! No le cabía duda de que el hecho de pertenecer a una antigua y respetada familia de Estambul, de tener una buena educación y un buen trabajo había influido notablemente en su elección. Pero ¿debería estar decepcionado? ¿No había hecho él algo parecido? ¿No era Sabiha una joven hermosa, inteligente, con una buena educación, criada en una respetada familia y, además, equilibrada? Recordó entonces el sensato consejo que Sabiha había dado a su hermana cuando Selva se estaba empezando a enamorar perdidamente. No había servido de mucho, pero eso ahora no importaba:

—El amor es como un fuego que acaba consumiéndose a sí mismo. ¿Qué harás cuando eso pase? Cuando recuperes el sentido común, si te arrepientes y quieres divorciarte de Rafo, no será como divorciarte de cualquier otro. Nadie querrá casarse contigo después de eso. Acabarás como una solterona.

—Porque seré como los despojos de un marido judío, ¿no es así? —respondió Selva—. No te preocupes, hermanita: aunque ese «fuego», como tú lo llamas, se extinga, nuestra amistad sobrevivirá. Seremos buenos amigos además de amantes.

—¿Y si, Dios no lo quiera, le pasara algo a Rafo? ¿Volverás a casa como la viuda Alfandari, la viuda de un judío?

—Nunca haré tal cosa. No volveré a casa del padre que me repudia por haberme enamorado de un hombre que no es musulmán. ¿Quién sabe?, quizás para entonces yo misma tenga hijos, o incluso nietos.

Al darse cuenta de que no conseguiría nada hablando con Selva, Sabiha lo intentó con su padre:

—Los tiempos cambian, padre, ya no existen esas diferencias. Por favor, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir. Padre, te lo suplico, actúa con sensatez, por favor. Mira la nuera de Sami Pasha: es griega, ¿no? ¿Y qué pasa con Vecdi Bey?, su mujer es alemana. ¿Qué tiene de malo? Además, tú te educaste en Europa, deberías tener una mentalidad más abierta.

—Si se casa con ese hombre, nunca más podrá llamarse hija mía. Tendrá que olvidar que alguna vez fui su padre.

—Pero, padre, ¿cómo podría olvidar que es hija tuya?

Fazil Pasha oteaba el horizonte a través de la ventana mientras pronunciaba sus últimas palabras a propósito del tema:

—Querrás decir que lo era.

Esta terrible situación había afectado mucho a la familia. Era un drama que no solo duraba días, semanas o meses, sino incontables años. El intento frustrado de Fazil Pasha de pegarse un tiro no había detenido a Selva, quien se limitó a esperar que se recuperara para volver con su amante. Entonces fue el turno de la madre, quien cayó en cama gravemente enferma, necesitada de cuidados y atención constante. Fazil Pasha se negaba a salir de casa. La familia estaba tan avergonzada que no se atrevía a mirar a la cara a ninguno de sus amigos. Nada bueno había salido de ese incidente, pero al menos habían podido diferenciar entre amigos y enemigos. Incluso aquellos a los que consideraban íntimos cuchicheaban a sus espaldas y culpaban al padre por haber educado a sus hijas en escuelas cristianas, sin reparar en que ellos también lo habían hecho.

Igual que casi todas las hijas de los amigos de la familia, Sabiha y Selva estudiaron primaria en el colegio americano de Gedik Pasha, secundaria en el instituto francés y, finalmente, asistieron a la Universidad Americana. Ambas hablaban inglés y francés desde pequeñas.

Macit recordó lo mucho que le impresionó, años atrás, ver por primera vez a su esposa recitando poemas de Baudelaire y Byron. Incluso a su madre, que Dios la tenga en su gloria, le impresionó:

—El tipo de esposa adecuado para un diplomático —fue su comentario.

La voz de Selva trajo a Macit de vuelta a la realidad:

—¿Entrará Turquía en la guerra?

—No, no lo hará.

—¿Estás convencido?

—Estamos haciendo todo lo posible para evitarlo. Está claro que no podemos permitirnos otra guerra, Selva.

—Macit, hay algo que quiero preguntarte.

—Por favor.

—Mi padre, ¿crees... crees que me perdonará algún día?

—Para serte sincero, no lo sé, Selva. Es un tema cerrado entre tu hermana y yo, ya no hablamos de ello.

—¿En serio?

—Sí, no hay nada más que decir.

—¿De verdad piensas eso, Macit?

Él bebió un poco de café antes de responder:

—Lo que yo piense no tiene importancia. Tú hiciste lo que querías. ¿Eres feliz, al menos? ¿Valió la pena todo el trastorno que causaste?

—Me ofende tu actitud. Hablas como si no conocieras a Rafo.

—No sé por qué debería ofenderte que diga la verdad. No quisiste escuchar a nadie en ningún momento, simplemente te largaste y quemaste las naves; hiciste daño a tu padre, a tu madre y a Sabiha. Solamente espero que valiera la pena. Todos deseamos que no tengas motivos para arrepentirte.

—Amo a Rafo con todo mi corazón, no me arrepiento de nada, pero soy muy desgraciada.

Las lágrimas inundaban sus ojos. Macit tomó sus manos trémulas entre las suyas.

—Vamos, Selva, no deberías sentirte desgraciada si le amas tanto. Piensa en todo lo que habéis tenido que pasar para estar juntos. Eres una mujer muy fuerte, siempre has sabido lo que querías y has tenido el valor de luchar por ello. Estoy seguro de que incluso tu padre te concede eso. Puede que aún no te haya perdonado, pero estoy convencido de que, en lo más profundo de su corazón, te sigue queriendo muchísimo.

—Echo tanto de menos a todo el mundo...

—El tiempo cura todas las heridas. Espera un poco más.

—La cuestión es cuánto más —contestó Selva, angustiada.

Macit se preguntó si realmente quedaría tiempo. Se trataba de algo muy precioso, hoy en día. El tiempo era oro, especialmente desde hacía algunos meses. ¿No era tiempo lo que la delegación turca pretendía ganar con su viaje a París? Tiempo era lo que el presidente Inönü ansiaba más que nada. ¡Tiempo! Para pensar, para distraer la atención, tiempo ganado al tiempo, tiempo para evitar la guerra. De hecho, la respuesta de Inönü a las preguntas relacionadas con la guerra era «el tiempo lo dirá».

Esa era la respuesta que Macit tenía que dar ahora a su cuñada:

—No lo sé, Selva. El tiempo lo dirá.

Macit se dio cuenta de que estaba empleando tácticas diplomáticas incluso en su vida privada. Siempre había pensado que las cosas podían cambiar muy rápidamente y dar resultados imprevistos. En las actuales circunstancias, Europa no podría hallar consuelo ni esperanza en las previsiones.

Antes de dejar a Selva, Macit le cogió las manos con fuerza y le miró a los ojos:

—Todo puede cambiar, Selva, y más rápido de lo que pensamos. Si pasara algo que pusiera tu vida en peligro, deberías volver a casa de inmediato.

—No puedo volver sin Rafo, Macit.

—Pues deberías. Es un hombre, sabe cuidar de sí mismo.

—Hemos jurado estar juntos durante toda la vida. Él no querrá regresar, ya sabes por todo lo que pasó, todas las injurias... No podría dejarle.

—Piénsatelo bien. Una vida es todo lo que tenemos, y somos los únicos responsables de ella.

—Macit, por favor, entiéndeme: yo no respondo sólo por mi vida.

—Más a mi favor. Incluso en alta mar, las mujeres y los niños son los primeros en abandonar el barco. Son las normas.

—No lo entiendes, no estoy hablando de Rafo.

Macit, que ya se disponía a marcharse, se volvió a sentar.

—¡Oh, no! ¿Quieres decir...?

—Sí.

—¿Cuándo?

—A principios de año.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Esperaba que te dieras cuenta.

Mirándola con más detenimiento, Macit reparó en que, ciertamente, había ganado peso en la cintura y su pecho era más abultado de lo que recordaba. Su rostro, por el contrario, estaba demacrado. Pensó que estaba loca por quedarse embarazada en tiempo de guerra. Macit, a regañadientes, le deseó lo mejor.

—¿Quieres que se lo diga a Sabiha?

—Ya le he escrito una carta, aunque es posible que aún no la haya recibido. Si vuelves a casa mañana, quizás llegues tú antes que ella, pero me gustaría que se enterara por mí.

—Por supuesto.

—También le he escrito a mi madre.

—Recapacita, Selva. Ahora tienes más motivos para volver a Estambul.

—No puedo criar a un hijo sin su padre. No te preocupes, Macit, Rafo también piensa que quedarse aquí es peligroso. Está estudiando algunas ofertas de empleo fuera de la ciudad, en el campo. Quizás dejemos París en menos de un mes.

Finalmente, Rafo y Selva pudieron cambiar París por Marsella, pero ¿de qué les serviría, si incluso allí llegaba la sombra del nazismo? El nuevo gobierno del mariscal Petain transigía con las tácticas de Hitler para salvar de la invasión al sur del país, a costa de sacrificar a los judíos franceses.

Estos, que creían poder pasar desapercibidos si se trasladaban a zonas remotas de Francia, se dieron cuenta poco a poco de que se equivocaban. Como el humo, los alemanes llegaban a todas partes. Era imposible huir de ellos.

Rafo había empezado a trabajar en Marsella con un amigo

suyo, farmacéutico. La madre de Selva vendió un anillo de diamantes en una subasta y consiguió enviarle el dinero a su hija menor sin que su marido se enterara. Rafo invirtió el dinero en asociarse con su amigo. Vivían en un altillo enfrente de la tienda. Selva daba lecciones de inglés y de piano a tres jóvenes vecinas. Hicieron algunos amigos, pero la mejor amiga de Selva seguía siendo su hermana. Escribía a Sabiha diariamente explicándole cómo les iba: su embarazo estaba yendo bien, sin náuseas matutinas; tampoco tenían problemas económicos, aunque estaban viviendo al día. El único lujo era el teléfono que habían instalado para que pudiera estar en contacto con su hermana.

Sin embargo, eran conscientes de que el círculo se iba estrechando a su alrededor. Selva había llegado a oír rumores de hombres a los que la policía había obligado a bajarse los pantalones para comprobar si estaban circuncidados. Afortunadamente, Rafo no había sufrido una humillación semejante. Todos sus amigos los tenían por turcos porque hablaban en ese idioma entre ellos. En marzo, Selva empezó a ayunar por Ramadán y se aseguró de que todos lo supieran. Pero a pesar de sus esfuerzos, temía que tarde o temprano se supiera la verdad.

Macit sabía que la mayor preocupación de su esposa era su hermana, pero no había nada que él pudiera hacer. En estos días los dramas personales eran insignificantes granos de arena en el desierto de problemas que afrontaba la nación. Volvió adentro después del segundo cigarrillo, tiritando mientras caminaba hacia el dormitorio. Se detuvo antes de entrar para oír la respiración profunda de su mujer, que había conseguido quedarse dormida. Fue al lavabo de puntillas y se desnudó allí para no molestarla. Después se metió en la cama tibia, pero no pudo dormirse; empezó a dar vueltas hasta que oyó el timbre del teléfono.

—¡Dios mío! —pensó—. Seguro que se han olvidado de cancelar la conferencia.

Se lanzó fuera de la cama y corrió pasillo adelante, sin pararse siquiera a ponerse las zapatillas. Al llegar al teléfono, contestó sin aliento:

—¿Diga?

—Señor, disculpe las molestias; sé que debo haberle despertado, pero...

—¿Sí? ¿Diga? ¿Quién es?

—Soy yo, Tarik... Tarik Arica.

—¡Ah, Tarik! —Macit respiró aliviado— ¿Qué sucede?

—Siento tener que llamarle tan tarde, espero no haber despertado al resto de la familia.

—Dime, ¿qué sucede?

—Me temo que nada bueno. Estoy de guardia en la oficina y... bueno, los alemanes iniciaron su ataque sobre Rodas hace media hora.

Macit se desplomó en el sillón.

—No me lo puedo creer —musitó.

—Me temo que es cierto. El secretario general, el ministro y el jefe del Estado Mayor se reúnen en veinte minutos. El presidente ha sido informado.

—Entiendo —dijo Macit—. Voy de camino, gracias.

Volvió sigilosamente al dormitorio. Sabiha seguía profundamente dormida. Entró en el baño y se puso la ropa que se había quitado antes.

Cuando Sabiha oyó que se cerraba la puerta, se incorporó y estuvo un rato a oscuras, luego encendió la lámpara de su mesita de noche. Las lágrimas corrían por su rostro y mojaban su camison rosa.

Alzó los brazos y clamó:

—¡Oh, Dios! Por favor, protege a mi querida Selva; sálvala de aquel infierno. Te lo suplico, Señor.

Se llevó las manos a la cara y se empezó a mecer, desesperada.

—Perdóname, hermanita —susurró—. Perdóname, Selva.